



EL QUIRÓFANO



Libros como puños

CONTRA LA POSTMODERNIDAD

Ernesto Castro

Alpha Decay, Barcelona, 2011

El ejercicio de la crítica literaria obliga a eludir la presencia del hermeneuta para simular que la crítica emerge de una observación desapasionada, sin implicación personal por parte de quien la escribe. Así es en muchos casos, y así debería ser en la mayoría. Pero hay otros en que hacerse presente en la crítica, más que un acto de arrogancia, pasa a ser un acto de honestidad. *Contra la postmodernidad* entra dentro de esos casos. Quizás porque los argumentos para explicar la importancia de este libro no se entenderían si no explicara porque es importante para mí. En contadas ocasiones, vivimos experiencias colectivas, actos que nos transforman íntimamente en la misma dirección. Leyendo este libro, siento la misma empatía que con las manifestaciones de miles de personas que estos días desempolvan o se inventan su conciencia política, y la proclaman por todos los medios que tienen a su alcance; la misma complicidad que ha encendido las calles de medio mundo durante los últimos meses, llevándose por delante décadas de pasividad política por parte de los jóvenes. En un momento en que muchos sentimos la obligación de implicarnos en la discusión de las ideas, y pasar de las ideas a la acción, una crítica distanciadora no daría cuenta de mi experiencia de lectura con *Contra la postmodernidad*, el primer libro donde reconozco la influencia vital de ese proceso colectivo, difícil de nombrar pero reconocible por todos, llamado a cambiar el clima intelectual de nuestro tiempo.

Desbordando un tanto los límites impuestos por su título, la médula de *Contra la*

Postmodernidad es, precisamente, atender a ese llamado: poner a rendir cuentas con la realidad a teorías políticas y filosóficas que tratan de cifrar la actualidad, enfrentándolas a esa pregunta tan terrible para cualquier ejercicio de pensamiento: ¿para qué sirven? Para ello, el ensayo comienza con una lectura de la crisis política, económica y social, caracterizándola como una confrontación entre ganadores y perdedores de las consecuencias de la doctrina neoliberal que se impuso en el mundo desde los años 80. A través de una crítica feroz, Ernesto Castro (Madrid, 1990) va atacando postulados políticos de gran seguimiento, denunciando las devastadoras consecuencias de su aplicación práctica, y su incapacidad para servirnos como unos modelos instrumentales de cambio. Es de destacar su esfuerzo por integrar la economía en su escritura, que hoy el lector de ensayo consumirá con la misma naturalidad con la que en los años setenta asimilaba la antropología o el psicoanálisis. Mal que nos pese a los humanistas más recalcitrantes, se constata una evidencia: cualquier pensamiento sobre la sociedad actual que no haga un esfuerzo por tener en cuenta los factores macroeconómicos será un pensamiento blando.

Anthony Giddens y su tercera vía, *Imperio*, de Antonio Negri y Michael Hardt, y Zygmunt Bauman y su teoría de la modernidad líquida, serán los principales autores del ámbito político cuestionados por Ernesto Castro, que no duda en salirse de la corrección progresista para seguir a Slavoj Žižek, desarrollando su idea de que “la caridad es el pilar básico de nuestro injusto sistema económico y la tolerancia su maquillaje represivo”. El talante radical del ensayo se redobla en estas críticas a estos valores básicos que nos hemos dado como “solución” para nuestra proclamada sociedad multicultural,



así como en la denuncia de las luchas de “identidad” que distraen a la izquierda de su verdadero objetivo. Castro sentencia: “allí donde el objetivo prioritario es la creación de un horizonte político global unificado, las identidades habrán de jugar un papel minoritario. Por muy loable que sea la tolerancia o la caridad a título personal, nuestro contexto político exige por parte de la izquierda esfuerzos renovados en la comprensión estructural del sistema y la articulación de medidas globales que tengan como principal motor la inteligencia en lugar de la compasión. Hay que operar de cataratas la estrechez de miras del corazón”.

Va quedando claro que, ya desde el título, *Contra la postmodernidad* es un libro escrito a la contra, surgido de esa lucidez que enciende nuestros bosques de neuronas cuando entramos en profundo desacuerdo con algo. Sin duda, quien lea el ensayo se verá igualmente “encendido” ante la osadía de su autor, quien se ha planteado nada menos que detectar erro-





EL QUIRÓFANO

res de base del pensamiento contemporáneo. Castro quiere agitar más que pontificar, desestabilizar más que asentar, hacer ruido y, de paso, cabrear a unos cuantos, estrategias que cobran hoy más sentido que nunca. Vivimos un periodo radical: la democracia ha fracasado en su misión de protegernos de los verdaderos poderes y su funesta influencia sobre nuestras vidas, pero las mayorías y sus medios siguen tratando de enmascarar estos cambios drásticos bajo el manto de la moderación y el sentido común. Alentar la confrontación, rehuir cualquier complicidad con esas estrategias normalizadoras, son posturas que *Contra la postmodernidad* comparte con un colectivo creciente que ha comprendido que el pensamiento radical es ya la única postura intelectual coherente que nos resta.

Hay veces que, como en la fábula del traje del emperador, lo más extremista que se puede hacer es denunciar la mentira que todos aceptan por conveniencia. Tras el análisis político, Castro estrecha su campo de acción para poner en el punto de mira en su ámbito natural, la filosofía, y concretamente, la corriente antimoderna. Fiel a su estrategia de poner el pensamiento a rendir cuentas con su utilidad para comprender y transformar la realidad, aquí la sangría es brutal: “Los gigantes contra los que dicen enfrentarse estos Don Quijotes de la filosofía no asustan, en verdad, ni a un niño pequeño: episteme moderna, metafísica de la presencia, paradigma ontoteológico, metarrelato emancipatorio”, escribe Castro, “La Historia es sustituida por una trama policiaca donde los malos conspiran con clásicos de filosofía en la mano (...) El paso de la interpretación del mundo a su transformación que Marx exigía hace ciento cincuenta años se ha visto bloqueado por el peso muerto de estos antimodernos que, cuando llega el momento de la verdad, se

resisten a dejar sin dueño el sillón de catedrático”. Al margen de consideraciones menos prosaicas, nos preguntamos ¿hasta qué punto las mismas críticas no podrían aplicarse a los estudios culturales y literarios?

Contra la postmodernidad termina alertando contra la falsedad de determinados análisis culturales que, absortos en la observación de una sociedad de bienestar a pleno rendimiento, dan por universales modelos donde solo se halla implicada una insignificante capa de población mundial. ¿Qué sucede cuando esa capa, en la que se incluyen los destinatarios de esos discursos, mengua todavía más? Cuando nuestro contexto vital cambia, también lo hacen nuestras prioridades culturales. Una de las reivindicaciones más valiosas del libro será precisamente su llamada a resituar el centro de nuestra labor intelectual: “es el momento de decir adiós a los sutiles análisis ideológicos y a las intrincadas políticas de resistencia para dejar paso a un marxismo sin modales que sepa expresar, del modo más vulgar y naif posible, las demandas de la gente. Hasta Fredric Jameson reconoció en 1998 que el momento del ornato conceptual había pasado a mejor vida”. Si en años de bonanza había que instaurar nuevos modelos de pensamiento para captar la sociedad de consumo, consumo cultural incluido, hoy, la naturaleza ancestral del drama que vivimos nos obliga a implicarnos con realidades más acuciantes. Hemos pasado de un periodo excepcional a un periodo de excepción, y al final del día, lo único que nos queda es un puñado de verdades agarradas al estómago. Los escritores saben bien qué hacer con ellas, y gozan de una posición privilegiada para hacerlo. Algunos la aprovechan.

MIGUEL ESPIGADO



CABALLERÍA ROJA

Isaak Bábel

Trad. Ricardo San Vicente.

Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011. 239 págs.

¿Si Isaak Bábel se hubiera limitado a poner en funcionamiento los ribetes victoriosos de la prosa oficial soviética no habría sido fusilado por Stalin junto a sus colegas Meyerhold y Koltsov en 1940. Pero en vez de eso, Bábel utilizó el narrador distante de Chéjov para documentar los excesos de las tropas soviéticas en la Galitzia polaca en la década de los años 20, deslizar disimuladamente algunas menciones a la condición judía y delatar la corrupción de los mandos militares. *Caballería Roja* nunca fue un libro definitivo: sus páginas se han ido completando o modificando con los años, según han aparecido nuevas versiones de unos textos corregidos mil veces por su autor. Son una colección de relatos sangrientos, polvorientos e implacables que describen una Revolución que, sobre el papel, no era tan justa ni magnánima. Los soldados quedan retratados como seres implacables que desatan su fuerza sobre un pueblo analfabeto, miserable y piadoso. Revisado con distancia, surge la duda de si Juan Rulfo llegó a leerlo y tenerlo en cuenta para la redacción de *El Llano en llamas*. Las coincidencias de estilo, tono y temática son asombrosas.

ROBERTO VALENCIA

